



BLIZZARD ENTERTAINMENT

Diario de viaje de Li Li

Capítulo VII



Capítulo Siete: La Espesura Krasarang

Incluso sin el tío Chen cerca para ayudarme, encontrar la Espesura Krasarang fue sencillo... Aunque tuve que esforzarme de lo lindo para atravesar el sombrío pantano de la costa. Aquello fue todo un desafío. La densa cubierta forestal impedía el paso del sol, haciendo casi imposible saber en qué dirección iba. Cuando no estaba tropezándome con raíces anudadas, me enmarañaba en las grandes y estúpidas enredaderas que colgaban de los árboles. Y todo eso sin hablar de la fauna salvaje... Saurok, gigantes avispas siseantes y otros tipos de criaturas furiosas lo infestaban todo.

¡Era tan emocionante como me imaginaba!

Sin embargo, me preocupaba que no pudiese encontrar el lugar del que había partido Liu Lang a lomos de Shen-zin Su. Tras haber estado buscando durante días por tierras salvajes sin rastro alguno, me crucé con un pescador llamado Ryshan, el primer pandaren que veía en bastante tiempo. Acababa de entregar un cargamento de pescado en la Atalaya de Zhu, un puesto de avanzada en la parte nordeste de Krasarang, construido para evitar que monstruos como los saurok atacasen a los viajeros que se dirigían a la costa.

Debe ser difícil hacer amigos en Krasarang, porque Ryshan me trató como si fuese de la familia desde el primer momento. Cuando le expliqué qué estaba haciendo en esa selva, me dijo que el sitio desde el cual Liu Lang abandonó Pandaria estaba muy cerca de su aldea, el Muelle de los Pescadores. Su amabilidad fue tal que me llegó a invitar a su poblado para conseguir suministros antes de emprender el viaje. Por fin la suerte me acompañaba.

De camino a la aldea, Ryshan me habló sobre la historia de Krasarang. Pocos pandaren pisaban esos bosques. —Únicamente pescadores y locos, si es que hay alguna diferencia entre ellos —dijo, mostrándose orgulloso. Atravesamos un puñado de antiguas ruinas desmoronándose que, según me contó, otrora pertenecieron a los mogu. Antes de que su imperio cayese, hace mucho, varias de esas enormes bestias habían estado viviendo en Krasarang. Más recientemente, los mogu habían vuelto para reclamar sus antiguos territorios, pero héroes como los que nos habían ayudado al tío Chen y a mí en la cervecería de la familia los detuvieron.

Ya casi estaba anocheciendo cuando llegamos al Muelle de los Pescadores. La pequeña y destartalada aldea había sido construida justo al otro lado de la orilla de Krasarang, lo que quería decir que Ryshan y yo teníamos que coger una barca para llegar allí. No parece gran cosa, ¿no? Bueno, pues justo después de empezar el viaje, el pescador, sin aviso alguno,

comenzó gritar como un loco, poniéndose de pie y lanzando por los aires uno de los remos de la barca. ¿Qué podría poner tan nervioso a un fuerte pescador como él? ¿Crocóliscos? ¿Algún saurok? Ya estaba temiendo por mi vida, cuando vi lo que le había asustado: un bandipache.

Esos pequeños y peludos animalillos son expertos ladrones, y les encanta un buen tentempié de pescado. Dicho de otro modo: son la maldición de los pescadores. El bandipache que había en nuestro bote era realmente feroz. No se echó atrás cuando Ryshan comenzó a golpear el barco con el remo. De hecho, la alimaña contraatacó, siseando y atacando al pescador con sus garras.

Los bandipaches generalmente se quedan en el Valle de los Cuatro Vientos, pero este había hecho todo el viaje hasta Krasarang. Tranquilicé a Ryshan prometiéndole que me ocuparía de esa bola de pelo y conseguiría que no pusiese sus zarpas sobre ningún pez. Era lo mínimo que podía hacer. Después de todo, ese bandipache era un compañero explorador. De manera un tanto extraña, aquella alimaña me recordaba a mi hermano mayor, Shisai. Puede que fuese por su cara rechoncha y sus peludas orejas. O puede que fuese por el modo en el que cogía restos de comida y se los comía, sin importarle la asquerosa imagen que daba a los demás. Fuese por lo que fuese, decidí que el bandipache tendría el mismo nombre que mi hermano. Por difícil que me resultase creerlo, sí que echaba de menos a Shisai. Bueno... puede que solo un poco.

En el Muelle de los Pescadores, Ryshan y sus compañeros asaron varias de las capturas del día y me contaron sus mejores historias de pesca. Cuando dije que venía de la Isla Errante se lo tomaron como un desafío para contar mejores historias, y comenzaron a inventarse un cuento sobre un bebé kraken que habían criado años atrás.

Solo pescadores y locos. Sí. Tenía toda la razón.

Una de las cosas más interesantes de las que hablaron los pescadores fue el Templo de la Grulla Roja. El enorme complejo, situado en la parte central de Krasarang, fue construido en honor al celestial Chi-Ji, conocido como la Grulla Roja. Ryshan mencionó que esta poderosa y benevolente criatura también recibía el nombre de espíritu de la esperanza. Hace no mucho, algo peligroso se había escapado de las profundidades del templo de la Grulla Roja: los *sha*. Esas extrañas maldades fueron después derrotadas, pero no antes de que una sombra de desesperanza se hubiese cernido por toda la selva.

Había escuchado algo acerca de los sha durante el ataque de los mántides en Villarroca, en el Valle de los Cuatro Vientos. ¿Por qué estaban apareciendo de repente esos extraños seres

por todos lados? ¿Estaba sucediendo en *toda* Pandaria? El mero hecho de pensar en los sha hacía que mi vello se erizase. Esa noche me costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente me estaba preparando para proseguir mi búsqueda del lugar de origen de la Isla Errante, ¡cuando un enorme globo aerostático aterrizó en el Muelle de los Pescadores! El piloto, un pandaren de voz suave llamado Shin Nube Susurrante, venía de la región norteña de la Cima Kun-Lai para recoger un cargamento de pescado. Al parecer iba a realizar una entrega en un lugar sagrado en lo alto de las montañas: el Templo del Tigre Blanco. El pescado de Krasarang debe ser de lo mejor de Pandaria; de no ser así, ¿por qué iría Shin tan al sur?

Cuanto más hablaba Shin sobre Kun-Lai, más ganas tenía de ir a verlo. El piloto del globo dijo que podía ir con él a condición de que le ayudase a cargar el pescado. ¿Cómo iba a decir que no? Vale, todavía no había encontrado el lugar en el que Liu Lang y la Gran Tortuga habían comenzado su viaje a través del mar, pero al menos había averiguado la zona en la que estaba. El tío Chen y yo siempre podíamos volver en algún otro momento. ¿Pero cuándo podría volver a tener la oportunidad de ir a Kun-Lai? Con mi tío enfrascado en la cervecería, podrían pasar semanas, o *incluso* meses, antes de visitar por fin los recónditos rincones de Pandaria. O puede que jamás lo hiciéramos. Me imaginé al tío Chen sentado en la cervecería, bebiendo barril tras barril de cerveza y poniéndose más gordo que el globo de Shin... ¡O tan gordo como para que no pudiese salir por la puerta!

Solo podía hacer una cosa: me arremangué, contuve la respiración y comencé a cargar barriles de pescado en el gran cesto que colgaba del globo. Es probable que oliese como un verdadero pescador después de terminar el trabajo, pero era un pequeño precio por conseguir un viaje gratis a un sitio tan misterioso y emocionante como Kun-Lai.

Tras despedirme de los pescadores, metí a Shisai en el petate y subí a bordo del globo de Shin. Poco después ya estábamos elevándonos sobre la Espesura Krasarang, ¡más, y más, y más alto! El viento nos llevó hacia el norte, por encima de El Bosque de Jade, y después hacia las majestuosas montañas de Kun-Lai. A través de los claros en las blancas y esponjosas nubes comencé a distinguir nuestro destino.

Cuando le dije a Shin lo precioso que parecía Kun-Lai desde lejos, se puso triste. —Es curioso cómo todo parece tan perfecto desde el cielo —dijo—. Kun-Lai, como bien afirmas, es un lugar maravilloso. Pero hoy en día no todo va bien por allí. Una tormenta se acerca a la zona, muchacha.

Shin comenzó a contarme que la guerra había llegado a ciertas partes de Kun-Lai. Me dijo que no tenía por qué preocuparme: la zona a la que me llevaba era segura, pero aun así me pregunté si había sido una buena idea ir con él.

Entonces me acordé de que el tío Chen y todos los grandes exploradores tienen que viajar a lugares peligrosos *además de a* los tranquilos. Todo eso era parte de ser un errante. Respiré hondo y miré hacia delante, preparada para enfrentarme a *cualquier* desafío que me estuviese esperando en las nevadas montañas de la Cima Kun-Lai.
